

SUEÑOS BÁRBAROS

UNA NOVELA DE RODRIGO NÚÑEZ CARVALLO



SUEÑOS BÁRBAROS UNA NOVELA DE RODRIGO NÚÑEZ CARVALLO PRODUCCIÓN GENERAL PLANETA DE LIBROS PERÚ PRODUCTORA EJECUTIVA MARÍA FERNANDA CASTILLO
ASISTENTE DE PRODUCCIÓN CINDY TORREJÓN GUION RODRIGO NÚÑEZ CARVALLO NO-EDICIÓN VÍCTOR RUIZ VELAZCO PRODUCCIÓN DE SONIDO ALESSANDRA MIYAGI
DIRECCIÓN DE ARTE AUGUSTO CARRASCO MONTAJE GIAN SALINAS VESTUARIO TITI VERGARA FAN CREW ISAAC ERNESTO

 Planeta

SUEÑOS BÁRBAROS

UNA NOVELA DE RODRIGO NÚÑEZ CARVALLO

SUEÑOS BÁRBAROS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Sueños bárbaros
© 2020, Rodrigo Núñez Carballo

Corrección de estilo: Teo Pinzás
Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú
Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

Derechos reservados
© 2020, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena
del Mar.
Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: enero 2020
Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-505-2
Registro de Proyecto Editorial: 31501201901306
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional
del Perú N° 2019-18782

Impreso en ANIBAL PAREDES EDITOR S.A.C.
Jr. Dávalos Lissón Nro. 135 - Oficina 201.
Cercado de Lima

Lima - Perú, febrero 2020

A Estuardo, un árbol centenario

Agradecimiento

A todos los que leyeron con interés y dedicación la primera versión de esta novela. A mis hijas Manuela y Almendra, que me apoyaron para que terminara este libro. A Pierre Emile Vandoorne, que hizo una exhaustiva corrección de él.

Un reconocimiento especial a los amigos que inspiraron los personajes de esta novela en aquella mágica casa de Rafael Delucchi, y que me permitieron conservar sus nombres.

Odio el arte simbólico en el que
la representación pierde todo movimiento
espontáneo para convertirse en máquina,
en mera alegoría.

LUIGI PIRANDELLO

Prefacio a *Seis personajes en busca de autor*

El cine es la escritura de las imágenes.

ANDRÉ BAZIN

La gramática del cine está en el montaje.

SERGUÉI EISENSTEIN

Índice

PRIMER ACTO 15

Capítulo uno	17
Capítulo dos	24
Capítulo tres	33
Capítulo cuatro	41
Capítulo cinco	52
Capítulo seis	59
Capítulo siete	62
Capítulo ocho	68
Capítulo nueve	76
Capítulo diez	82
Capítulo once	88
Capítulo doce	99
Capítulo trece	104
Capítulo catorce	107

SEGUNDO ACTO 115

Capítulo quince	117
Capítulo dieciséis	123
Capítulo diecisiete	135
Capítulo dieciocho	140
Capítulo diecinueve	146
Capítulo veinte	152
Capítulo veintiuno	161
Capítulo veintidós	169

Capítulo veintitrés	175
Capítulo veinticuatro	185
Capítulo veinticinco	191
Capítulo veintiséis	197
Capítulo veintisiete	203
Capítulo veintiocho	208
Capítulo veintinueve	215
Capítulo treinta	222

TERCER ACTO 229

Capítulo treinta y uno	231
Capítulo treinta y dos	240
Capítulo treinta y tres	247
Capítulo treinta y cuatro	250
Capítulo treinta y cinco	256
Capítulo treinta y seis	264
Capítulo treinta y siete	271
Capítulo treinta y ocho	276
Capítulo treinta y nueve	283
Capítulo cuarenta	292
Capítulo cuarenta y uno	301
Capítulo cuarenta y dos	310
Capítulo cuarenta y tres	320
Capítulo cuarenta y cuatro	329
Capítulo cuarenta y cinco	337
Capítulo cuarenta y seis	
(solo para cinéfilos)	350
Capítulo cuarenta y siete	355
Capítulo cuarenta y ocho	366
Capítulo cuarenta y nueve	379
Capítulo sin cuenta	392
THE END	401
THE END	404

PRIMER ACTO

Capítulo uno

Eres un desperdiciado. Esas fueron las últimas palabras de Cristina cuando me fui de la casa. Desperdicio, basura, todo lo que no sirve o ya se echó a perder. Perderse, seguro que yo estaba perdido. De acuerdo, Cristina. Soy un desperdiciado. No tengo nada que hacer al lado de una mujer tan sensata y triunfadora. Me voy. Quédate con todo, no me importa. Quédate con la casa, con la chacra, con los muebles y con la cebichería que pusimos juntos. Solo quiero mi vieja camioneta y mi libertad para seguir fracasando... Y ver a Ramón cuando me dé la gana.

Aquel ciclo maldito de desamor, rabia y desamparo tenía que ser roto. Antes de tirar la puerta, mis ojos se detuvieron en la mochila roja de Ramón. Arrancarme. Sí, esa era la voz. Dos días después, me encontraba en una comunidad shipiba con la mochila de mi hijo, buscando a un chamán en medio de un ataque furioso de zancudos vespertinos. No fue difícil dar con su cabaña. Le dije que quería tomar ayahuasca y, rápidamente, convenimos en la hora: una vez que anoheciera. Cuando volví, el maestro Rengifo estaba recién bañado y envuelto en una enorme *cushma* blanca. Su pelo chuto negrísimo caía de costado sobre su nariz aguileña y ocultaba uno de sus ojos rasgados. Pidió cigarros y un poco de aguardiente. Había luna llena.

Sírvame un poquito más, maestro, que no siento mucha *mareación*. Creo que, como soy grandazo, necesito una dosis más potente. Rengifo entonces me ofreció otro vaso, y me dieron unas ganas indescriptibles de cagar. Salí a la noche iluminada y un sendero me condujo a la letrina. Mientras hacía caca, me sentí feliz de pertenecer a este planeta bañado por la luz de su satélite.

Seguro tienes mal de amores, me dijo cuando me instalé de nuevo bajo el mosquitero de su maloca. Si ves tigres o anacondas, no te asustes, me alertó. Son tus miedos. Algo de ti se ha perdido, pero algo encontrarás que no buscabas. Es un viaje. Déjate llevar por él porque, al final, ya no serás el mismo de antes. Súbitamente, la visión comenzó a pasar, delante de mis ojos, como si fueran paisajes en movimiento, verdes, azules y violetas, encajes, velos que insinuaban otras realidades. Detrás de los colores surgía una impalpable transparencia. Cerré los ojos para ver mejor. Corrieron las horas y yo seguía empeñado en descifrar la clara verdad que asomaba entre las bobinas de la mareación. ¿Alguna vez has visto varias películas proyectadas sobre el mismo écran? Igualito. Solo que la banda sonora eran los ícaros que cantaba el chamán.

Al amanecer intenté dormir. Vano esfuerzo. Las visiones se fueron desvaneciendo lentamente con el sol y, cuando acabaron, me dieron ganas de partir. Pero antes le di cien lucas a Rengifo. Asombrado, entró brevemente a su cabaña y me regaló una bolsa de tela pintada que extrajo de su modestia. Dentro había un frasco. Le extendí la mano y él me abrazó. Yo no conozco Lima, amigo. Si voy, invítame a tu casa. El maestro me hizo un largo adiós cuando la combi arrancó.

En Pucallpa me tomé el primer barco que encontré. Durante varios días me dejé arrullar en mi hamaca por el incesante culebrear del Ucayali, mientras recordaba la tonalidad de las visiones del ayahuasca. Azules, verdes y lilas. Vivos colores que se encaramaban en los árboles y flotaban como reflejos en el río. Hasta el cuerpo del delfín rosado, que esporádicamente emergía del agua, parecía extraído de la misma alucinación tornasolada. Solo al atardecer percibí que los verdes cedían y después se extinguían bruscamente. Era la hora de subirme al techo de la cabina de mando, casi encima de la proa, y contemplar la oscuridad salpicada de grillos, estrellas y esporádicos balazos que el capitán lanzaba al cielo para alejar a los piratas del río.

Aprovecho la largura de las horas para escribir un cuaderno de viaje: el día de San Juan acoderamos en Contamana y subimos

a festejar con los lugareños. Fuanes, ríos de cerveza y explosiones de cumbia amazónica en el parque de Maquía. Medio mareado, y de madrugada, regreso al barco después de haber bailado con todas las charapas del mundo. A la mañana siguiente zarpamos muy temprano y entramos a los bosques de Pacaya Samiria. La motonave, que parece extraída de las historias del río Mississippi, lleva 200 pasajeros, pero hay solamente cinco camarotes. La mayoría duerme en hamacas. Las noches pasan perezosamente como prendidas del techo. A la luz del amanecer, todo el pueblo de Victoria sale a recibirnos. El barco es la vida.

Una mañana entramos al canal de Puinahua. Los cursos de agua se ensanchan, avanzan y retroceden. Los brazos de río y las cochas o lagos se multiplican. Finalmente, el Ucayali y el Marañón se abrazan para formar el Amazonas, y el gigantesco torrente aquietta nuestros espíritus. Estamos suspendidos en las aguas de la vida y el sudor. Cuarenta grados a la sombra. Casi no hablamos ni comemos, no hacemos nada. Solo sortear las dilatadas horas del trópico.

Una mañana, el ulular de sirenas y los gritos de los estibadores nos arrancan de nuestro verde letargo. Hago el trayecto del puerto a la ciudad en un mototaxi y encuentro a todo el mundo alborotado. Werner Herzog ha tomado por asalto Iquitos para filmar *Fitzcarraldo* y trae a toda una constelación de estrellas. Entre los azulejos de la prefectura, uno puede encontrarse con la vaporosa y otoñal Claudia Cardinale, mientras Mick Jagger se droga en todas las cantinas del jirón Putumayo. Cada gringo viejo que sale de la Casa de Fierro parece ser Jason Robards, el actor que hará de cau-chero y amante de la ópera.

Vago por las calles y me encuentro de casualidad con Jorge Vignati en un bar del malecón. Hola, Jorge. Salud, Rafa. ¿Qué haces por acá? Ven, siéntate con nosotros. Pasan las horas y las chelas se prolongan. Mira, hermano, ando medio arrancado. ¿Tú crees que haya algo para mí en la película que estás filmando? Cholito, vamos mañana al hotel y te presento al alemán encargado del *casting*. Al

día siguiente busco a Vignati tempranísimo y ampayamos a Herzog justo cuando tomaba desayuno en el hotel de turistas. No son ni las siete de la mañana. Werner, te presento a mi amigo Rafael. El director nos invita a acompañarlo. Huevos con salchicha alemana, café y jugo de naranja. Vignati le informa que soy actor, que me conoce desde la época de *The last movie*, de Dennis Hopper, que se rodó en el pueblo de Chinchero, en Cusco. Herzog cambia de expresión de inmediato. Le cuento que todo el elenco se picaba con heroína y que el rodaje fue una juerga interminable. Se emociona el teutón. Un poco loco es Dennis, acota. Después me entero de que Herzog ama esa película que se ganó el Festival de Venecia del 71.

Al rato nos lleva a su habitación, me coloca un sombrero en la cabeza y me pone dos chimpunes de utilería al cinto. Finalmente, me toma unas fotos con su Hasselblad. Usted vendrá desde mañana, me pide en un pésimo castellano. Más adelante, me confiesa que no hay guion escrito, pero que la película está en su cabeza y que cada amanecer le dicta a la *script* las escenas que quiere rodar. En un inglés medio duro me ruega: *Give me the best of yourself*. Al día siguiente, ya estoy convertido en el guardaespaldas de Fitzcarraldo; es decir, de Jason Robards.

A la hora del almuerzo, me sientan junto a él. Hablamos del tiempo. Cómo hacer otra cosa si llueve a cántaros desde hace dos días. Afable, parco y melancólico, Robards parece asustado por la ferocidad del paisaje y los miles de kilómetros que lo separan de su casa. Para tranquilizarlo, le cuento historias que alguna vez le escuché a mi abuelo portugués. Historias de duendes, diablos, embrujos y sirenas. Durante los forzados descansos, me exige más historias. Está fascinado con la selva de mentira que le fabrico. *A little bit more*, repite como un niño. Se me acaban las leyendas y entonces las invento.

Terminan las lluvias y se reanuda el rodaje. Me siento importantísimo, aunque no digo una sola palabra porque no tengo ningún parlamento. A la semana, Jason Robards es mi yunta y la Cardinale me saca a bailar cada vez que se arma la pachanga, lo que es muy

frecuente. Me gustan los hombres grandes, me confiesa una noche. Terminamos en su cuarto, pero es una lástima que ya no sea la Claudia de mi juventud. La del *Gatopardo*, *Rocco* y *8½*. Teme estar desnuda con la luz prendida y tapa la celulitis con el satén y las blondas. *Caro Rafo, io sono una donna ancora bella nell' ombra. Tu un ragazzo sin ofizzio ni benefizzio. La combinazione perfetta.* Termino huyendo del acoso durante el resto del rodaje.

Me vuelvo imprescindible. Necesito a ese *peruviano* que sabe arreglar todo con pitas y alambritos, dice el director cada vez que el rodaje se interrumpe, porque la grúa se jode o el *dolly* se atasca. ¿No quieres venir a Alemania para hacer la maqueta del barco y filmar en pequeño algunas escenas? Encantado, *herr Werner*.

Pero lo peor está por venir. La producción ha construido una especie de estudio en la jungla, al que todos llaman *selvacittá*. Un plató en el último rincón del planeta. En lo más recóndito del bajo Marañón. A ocho horas en bote de cualquier sitio y sin teléfono a mano. Allí Herzog se pelea con todo el mundo. Con el mexicano Resortes; con un suizo llamado Mario Adolph, que salía en las películas de 007; con el divo Jagger; con Sarah Bloom, la vestuarista que se niega a lavar todas las noches el único traje de lino blanco de Fitzcarraldo. Discute también con el jefe de cámara, que es mi amigo Vignati, al que se le han humedecido un montón de rollos tras otro diluvio estival. Robards entra en pánico. Demasiado desorden para un gringo. Se olvida de los parlamentos que Herzog dicta al desgaire y la fiebre y los temblores lo consumen. No come hace tres días.

La tensión se multiplica. Para colmo, los aguarunas-huambisas quieren que nos vayamos. Amenazan con quemar las barracas donde se alojan técnicos y actores. Ya me veo huyendo de las cerbatanas envenenadas, entre las corrientes y meandros del Marañón, pasando a nado el pongo de Manseriche. Y claro que tienen razón. No quieren ser invadidos por una recua de crudos que los obligan a cargar un enorme barco hasta una colina, para luego desbarrancarlo por la otra ladera.

Robards está con fiebres palúdicas y Mick Jagger no soporta la diarrea, el calor, ni la pobre ración de alcohol y drogas. Herzog hace oídos sordos a los reclamos, como si quisiera reproducir con el mayor realismo la megalomanía de Fitzcarraldo, pero solo logra que Mick Jagger explote y le lance un iracundo *mother fucker*. Estalla el motín en el plató.

Robards y Mick Jagger se van chutando en el primer peque peque que pasa por el río y rescinden el contrato. No va más *Fitzcarraldo*. Entrará en ese limbo donde descansan las películas que nunca se terminaron, las que jamás fueron montadas, aquellas que nunca serían exhibidas. Las luces de tungsteno se apagan, las cámaras se detienen, los grupos electrógenos dejan de susurrar. Abandono *selvacittá*, el elenco se dispersa, pero Herzog no se amilana. Marcha a Europa, consigue más billete y contrata a Klaus Kinski para el papel principal. Este alemán aventurero y fanfarrón queda perfecto como Fitzcarraldo. Mucho mejor que Robards, que nunca se metió en el papel.

En el cuaderno de viajes hay una anotación escrita tiempo después, con mi propia letra: Herzog volvió al cabo de seis meses, cuando ya nadie lo esperaba. Desechó casi todo el material filmado, rehízo el personaje de Fitzcarraldo y botó al tacho el de Mick Jagger. Prácticamente, hizo la película de nuevo. Todas las escenas donde yo salía fueron eliminadas. Qué frustración no verme nunca. Como si todos esos días con Robards, Jagger y la Cardinale jamás hubieran existido.

Estaba casi a punto de regresarme, con el pasaje en la mano, cuando un fresco olor de juventud llegó hasta mi mesa frente al malecón. La chica que atendía se me acercó mientras tomaba una cerveza y me dijo con su voz menuda: Tú debes andar caliente. Vamos a hacer el amor, papá. La observé con detenimiento. Dudé. Podía ser la *Lolita* de Kubrick, la *pretty baby* charapa de Louis Malle. La observé mejor. Llevaba una camisa pintada con pájaros y flores que dejaba entrever el leve volumen de sus tetitas doradas. Bajé la

mirada. Un short cortísimo delataba su piel húmeda como de gamitana, y un culo erguido de animal de monte.

Quedamos en vernos en el hotel a la hora de la siesta. La esperé largos minutos que se hicieron horas. Había un calor de los mil diablos que solo aumentaba el sudor y las ganas. Abrí las ventanas de par en par, prendí el ventilador y, cuando comenzaba a impacientarme, tocaron la puerta. Pasó, miró y le pregunté su nombre. Una respiración agitada acompañó a Bibi mientras se desnudaba y se metía a la ducha. La calor está juerte, se justificó. El agua corrió largamente mientras yo divisaba a través del espejo su quebrada silueta. Apenas se insinuaba el vello sobre el pubis y sus glúteos tensábanse por la proximidad entre las nalgas.

Mientras se bañaba me tomé el frasco que me había dado el chamán de Pucallpa. Recordé los cantos que me guiaban en medio de mi selva, los ícaros que parecían los sonidos de una ópera feroz. Pronto volvió la misma *mareación* que había sentido con el brujo. El sexo, la selva y la visión. Cerré las persianas y, cuando Bibi se echó sobre la cama, me quedé pegado a su piel recién lavada, al sudor vegetal de sus axilas, a la dulce lubricación de su conchita. Absorbí el aroma de cada poro, de cada pliegue. Descubrí los cambios de coloración de su cuerpo de arcilla y me deslumbró su vientre, que terminaba en una carnosa y húmeda flor roja.

El viento de la excitación arreció las copas de los árboles. Una ráfaga de tiempo sacudió las sombras inmemoriales del bosque. Me dejé llevar por el camino delirante de los insectos. Busqué la savia, los estambres y la miel. Besé sus labios como pétalos macizos y compactos. Mordí apenas aquella orquídea carmesí henchida de placer. Absorbí el jugo de esa bromelia que expelía hasta la última lágrima. La anaconda se irguió entre las lianas y en el abismo tornasol rugieron las fieras manchadas de deseo. Vino la noche, y la muerte tropezó con dos seres copulando. Seguí la marcha entre mi jungla y me quedé pegado a la turgencia de las corolas y los sépalos, al vago perfume de los pistilos. Y solo

después de un rato volví a su boca, imitación exacta de la flor que habitaba entre sus piernas.

Al amanecer, Bibi exclamó: Me duele mi chuchita, papá. Pasé entonces a sus nalgas de apretada redondez. Indagué en su culo y fui abriendo el camino con saliva. Extenuado, me quedé dormido en aquella quebrada prominencia que oficiaba de almohada. Cuando desperté, ya no estaba Bibi ni mi billetera. Pero me había quitado a Cristina de la cabeza. ■

Capítulo dos

Después de regresar de la selva, tomé la costumbre de ir casi todos los días al cine para matar la tarde, la noche y la traspasada. Un sábado, mientras hacía cola delante de la boletería del Ministerio de Trabajo, me encontré con Juan Bullita, el programador del cineclub de San Marcos, que pasaba rapidito con los rollos de película para la proyección. Oye, gordo, por si las moscas le estoy haciendo un *casting* a Chicho Durant. ¿No quieres hacer de malo en su nueva película? ¿Y cómo es, hermano? Búscame en mi casa mañana. Bullita siguió raudo hacia las escaleras con su calvicie y su hablar atropellados.

A falta de mujeres, Bullita amaba con locura el séptimo arte y, día tras día, década tras década, fue formando el gusto de varias generaciones de cinéfilos. Sus espiches antes de cada función eran una verdadera clase sobre la estética del cine, una larga y elaborada descripción de la obra, una extensa enumeración de autores, corrientes e influencias. Un poco *long play* a veces, pero siempre interesante. Era una suerte de André Bazin cholo y hasta fundó nuestro *Cahiers du Cinéma*. También colaboró con el colombiano Andrés Caicedo en esa magnífica revista que se llamaba *Ojo al cine*.